

¿Se queja el suelo? ¿Quién impone al bosque
Esa actitud de asombro ó de atonía?

Las notas que pasaban,
Los rumores que huían,
Las ramas que, inclinadas por el viento,
A levantarse nuevamente iban,

Suspensos han quedado. Es que el charrúa
Está en la selva antigua
Del indio Caracé; es que ha caído
Sobre el sepulcro de su madre extinta.

La cruz abre los brazos á su lado,
¡La cruz de la cautiva!
Parece que, inclinando la cabeza,
La cruz al indio en su regazo abriga,

Qué habló con el salvaje, aquella noche,
El alma errante que en la cruz palpita
Es el secreto de la sombra eterna...
Empieza á amanecer; casi es de día.

CANTO SEGUNDO

I

¿Quién grita por allá, que tiembla el bosque,
Y hasta los aires tiemblan?
Un vago resplandor, allá á lo lejos,
Sobre el obscuro cielo se proyecta;

Destaca el bosquecillo, cuyas formas
Vacilantes revela,
Y alumbra aquel ombú que solo y negro
Está de pie durmiendo allá en la cuesta.

Parece que se mueven un instante
Las lomas soñolientas
Que en la turbada obscuridad estaban,
Y que aseman por entre las tinieblas.

.....

De nuevo el alarido temeroso
 En los aires revienta.
 ¿El hambre acaso tiene congregadas
 En esos matorrales á las fieras?

Nó: las fieras miradlas: en rebaños,
 Tendidas las orejas,
 Saltan de acá y de allá; sobre las lomas
 Se detienen volviendo las cabezas;

Emprenden nuevamente amedrentadas
 Su rápida carrera;
 Y alargando los cuerpos se deslizan
 Con sigiloso paso entre las breñas;

Enarcando los lomos amarillos
 Acurrucadas quedan,
 Y en la profunda obscuridad del soto
 Sus dos ojos de fuego centellean.

El avestruz corriendo en la llanura
 Va con las alas sueltas;
 Se siente el aleteo de los pájaros
 Que abandonan sus nidos y se alejan;

Y se oyen las carreras del venado
 Que salta en la maleza,

Y el rumor de manadas de carpinchos
 Que corren á buscar sus madrigueras.

II

¿Quién vá? ¿Qué sombras son las que corriendo
 Van entre las tinieblas
 E indican con los brazos extendidos,
 El resplandor de la lejana hoguera?

Son los indios charrúas. Han brillado
 Los *fuegos de la guerra*
 En las lomas del *Hum*; *fuegos de muerte*
 Lucen del *Uruguay* en las riberas.

Y el indio que al venado perseguía
 En las pampas desiertas;
 Y el que encendía el tronco de algarrobo
 En el hogar del valle, y á las flechas

Ataba con los nervios del carpincho
 El colmillo de piedra,
 O la cuerda del arco retorcía
 Formada de flexible enredadera;

Y el que miraba más allá, tendido
 Con su eterna indolencia,
 A sus mujeres fermentar la chicha
 Y levantar las pieles de la tienda,

Todos vieron los fuegos de las lomas
 Y alzaron las cabezas,
 Y señalando el resplandor gritaron:
 ¡Ahú! ¡ahú! ¡ahú! ¡Fuegos de guerra!

Todos caminan; han tomado todos
 Sus lanzas y sus flechas;
 Se han pintado los rostros y los cuerpos
 Con rayas muy azules y muy negras,

Injectando en su piel los jugos agrios
 De las silvestres yerbas
 Que el venado no come ni la nutria,
 Y que crecen de noche entre las piedras,

Bajo las cuales, en las altas horas,
 Ladra el zorro en su cueva
 Y se esconde la iguana perseguida
 Y anidan la lechuza y la culebra.

Todos caminan; llevan en los cuerpos
 Arreos de pelea:

Las plumas de ñandú sobre la frente,
 En las lanzas humanas cabelleras.

¿Adónde van? Donde los llama el fuego,
 El fuego de la guerra;
 El que anuncia la muerte del cacique
 Allá en el bosquecillo de las ceibas.

¡Ahú, ¡ahú, ¡ahú! Corren los indios
 Gritando en las tinieblas,
 Y el turbado silencio de la noche
 Huye á esconderse en la inmediata selva.

III

Las nubes de humo denso iluminado
 Que en el aire se elevan
 Sobre la masa negra de los árboles,
 Marcan el sitio en que las tribus velan;

Desde lejos se ven de los charrúas
 Las oscuras siluetas
 Que, cruzando y saltando entre los troncos,
 Sobre el rojizo fondo se proyectan.

IV

¡Extraño funeral! Los indios ebrios
 Avivan diez hogueras
 Encendidas en torno de un cadáver
 Tendido sobre un lecho de maleza.

Es un viejo cacique. El sueño frío
 Se ha entrado por sus venas;
 Nadie pudo arrancarlo con la boca
 De la piel del anciano; quedó en ella,

Dejándole el color amarillento
 Que entristece á las ceibas
 Cuando el viento se enfría, y de las ramas
 Las hojas bajan á morir en tierra.

Los médicos el vientre del cacique
 Han chupado con fuerza
 Por arrancarle el dardo y el gusano
 Que le causaban mal. Inútil brega.

Vedlo tendido, inmóvil, taciturno,
 Tan largo como era;

Los indios gritan y en su torno corren,
 Y las abiertas bocas se golpean.

El arco de *Arunday* tiene el cadáver
 Entre las manos yertas;
 Han colocado en orden á su lado
 Su lanza y sus macanas y sus flechas,

Y pieles de venados y vasijas
 En que el zumo fermenta
 De *guaviyús* silvestres y algarrobos,
 Y de la miel que forman las abejas.

V

Las tribus cuidan de que tenga el muerto
 Las pupilas abiertas;
 Bien atadas han puesto en su cintura
 Las silbadoras bolas de pelea;

Y, porque espante entre los negros toldos,
 A *Añang* y á *Macachera*,
 Con jugos de *urucú* pintan su cuerpo
 Y le embijan el rostro que amedrenta.

Tiene azules los pómulos salientes;
 Amarillas y negras
 Son las rayas que cruzan sus mejillas,
 Y su pecho y sus brazos y sus piernas.

El deformado rostro del cadáver
 Forma una horrible mueca
 Que infundirá terror, cuando el cacique
 De los genios del aire se defienda.

VI

¡Ahú! ¡ahú! ¡ahú! Por todos lados
 Los indios atraviesan
 Aullan, corren, saltan jadeantes,
 Dando al aire las rígidas melenas,
 Hacen silbar las bolas, agitadas
 En torno á sus cabezas,
 Chocan las lanzas, los cerrados puños
 Con feroz ademán al aire elevan,
 Y forman un acorde indescriptible
 Que en los aires revienta:

Ebullición de gritos y clamores,
 Golpes, imprecaciones y carreras.

Ya hiriéndolos de lleno, ya á lo lejos
 Bañándolos á medias,
 Según que á las hogueras se aproximan,
 O de ellas con el vértigo se alejan.

La lumbre hace brotar, como arrancados
 Del medio en que voltean,
 Cuerpos desnudos, rostros que aparecen
 Y se hundan nuevamente en las tinieblas.

VII

¿No son mujeres esas, las que ahora
 Alumbran las hogueras,
 Esas que danzan en redor del muerto
 Y sus pequeños en los brazos llevan?
 Sí: son madres de indios. Sus cabellos,
 En oscuras guedejas,
 Flotan sobre las mórbidas espaldas
 Ceñidos en la frente; mas no velan

Los cuerpos palpitantes y desnudos
 En que los fuegos tiemblan
 Dando relieve á los redondos senos
 Que sudorosos de cansancio ondean.

Tienen sus movimientos convulsivos
 Cierta ruda cadencia,
 Y sus formas desnudas, á las formas
 De la hembra del venado se asemejan.

Sus ojos negros brillan empapados
 En la luz y chispean;
 Se cimbran sus elásticas cinturas
 En plumas grises de avestruz envueltas.

Los collares de piedras de colores
 En sus gargantas suenan,
 Y los cintillos de brillantes plumas
 Adornan sus tobillos y muñecas.

El que ajustado llevan en la frente,
 Al erguirse sobre ésta,
 Da á la figura la esbeltez del pájaro
 Que su penacho en el sauzal ostenta.

Las indias van cantando; sus cantares
 Son una extraña mezela

De alaridos y gritos quejumbrosos
 Que en un ritmo monótono se estrechan.

Las ruidosas bandadas de gaviotas
 Que sobre el agua vuelan
 Gritan como esas indias, y en el aire
 Como ellas se revuelven y atropellan.

La turba de los indios las empuja,
 Y las mujeres ruedan
 Heridas, dando gritos que al vagido
 Se unen de sus hijos. No se arredran:

De nuevo se levantan, y prosiguen
 En su danza frenética,
 Y en los cantares bárbaros que entonan
 En torno del cadáver dando vueltas.

VIII

En redor de aquel fuego y en cuellillas
 Ved á esas indias viejas;
 Casi con las rodillas sobre el pecho
 Revuelven sus vasijas y bostezan.

Sobre sus rostros penden los cabellos,
 Que el tiempo no blanquea,
 Como retoños lacios y marchitos
 Que aún de sus troncos vacilantes cuelgan.

No se adornan los cuerpos angulosos;
 Sus mandíbulas secas
 Mastican algo que al brebaje arrojan
 Que en las silvestres cáscaras fermenta;
 Gritan de vez en cuando, y se levantan,
 Y de nuevo se sientan.
 Hay en sus voces algo de chirrido
 Que acaso al grito del *chajá* se acerca.

IX

¿Y esos indios de bruceas en la sombra?
 ¿Por qué dan esas quejas?
 ¿No es sangre lo que brota de sus manos
 Que destrozadas muestran?
 Se han cortado los dedos. Son parientes
 Del cacique que velan;

Se han cortado los dedos con el filo
 De sus hachas de piedra.

Así, de que lloraron al anciano
 Dan elocuente prueba.
 ¿Quién pondrá en duda su dolor que á voces
 En coro manifiestan?

X

Nadie que á media noche aquellos gritos
 Y clamores oyera,
 Evitaría que el terror helase
 Con un frío de muerte hasta sus venas.

Los llantos de los niños y mujeres
 En el aire se mezclan
 Con los gritos, palabras y alaridos
 De los indios que airados vociferan,
 Y con el choque de armas, y el silbido
 De las bolas de piedra,
 Y los golpes de cuerpos desplomados
 Que heridos en el suelo se revuelcan.

XI

¿Qué quieren esas gentes? ¿Por qué corren?

¿Qué ven en las tinieblas?

¿A quiénes amenazan en el aire
Y dirigen sus bárbaras arengas?

¡Quién no lo sabe! Espantan á las sombras

Que, en bandadas se acercan,

Al indio muerto, por cerrar sus ojos
Y apagarle los fuegos. Ved: son esas,

Esas que, con sus alas de carancho,
Entre las ramas vuelan;
Curupirá las sopla y las revuelve,
El negro *Añan-guazá* viene con ellas.

Son los hijos del aire y de la noche
Que andan en las tormentas
Encendiendo sus fuegos en las nubes,
Los grandes ruidos derramando en éstas;

Son los perros que roen á las lunas,
Y apagan las estrellas,

Y lanzan los ladridos prolongados
Que suelen escucharse en las cavernas;

Los que afilan los dientes de las víboras
Dormidas en sus cuevas,
Y en la yerba que pisan los charrúas
Las arañitas de la muerte siembran.

Son las sombras malditas que al cadáver
Del cacique se acercan,
Para cerrar sus párpados, quedando
Bajo de ellos ocultas; allí esperan

Que se apague del indio la mirada
Y hacia adentro se vuelva.

Entonces lo persiguen y lo acosan
En la noche sin lunas que comienza

Y allí, escondidos en sus toldos negros,
Le disparan sus flechas,
Fingen rostros horribles en lo obscuro
Y soplan como el viento en sus orejas.

XII

El viento se ha calmado; algunas voces,
 En medio á la incoherencia
 De la grito salvaje, con esfuerzo
 Acaso se comprendan.

Oid á esos que cruzan: sus palabras
 Claras allí resuenan;
 También á aquellos que, con duros gestos,
 Amenazando al aire vociferan:

¡Ahú! ¡Dejad al muerto!

¡Dejad al *tubichà*!

¿Por qué sopláis la lumbre de esos fuegos?

¡Dejad al muerto, *Añang*!

—¡No le cerréis los ojos!

—¡Ahú! ¡ahú! ¡ahú!

—¿Sentís ladrar las sombras? Han salido
 Del tronco del ombú.

—¡Corred, seguid aquella
 Que se revuelve allá!

Sacude la maleza con las alas,
 Y agita el *ñapindá*.

¿A quién lleva el fantasma
 De rápido correr?
 Va fugitivo, y en sus hombros lleva
 Al *cacique que fue*.

—¡Cómo gritan los árboles!

¡Ahú! ¡ahú! ¡ahú!

—El aire zumba; son los moscardones
 Que corre *Añanguazú*.

—¡Persiguiendo la luna

Los perros negros van!

—¡Los perros negros que á beber comienzan
 Su tibia claridad!

¡Cómo mira esa sombra

Con sus ojos de azul!

—¡Y cómo se retuercen y se alargan
 Sus alas de *ñandú*!

—¡El viento! ¡El viento negro!

¡Allá va! ¡alla va!

¿Quién zumba en él? ¡Las moscas que conduce
 Gruñendo el *mamangá*!